

Las elecciones no hacen presidentes

Alfredo Acle Tomasini©

Es obvio que cuando un individuo, como sucederá con Peña Nieto, asume un cargo de tanta relevancia como es la presidencia de su país, pensemos que sus retos están limitados a la esfera pública porque en ella se debaten a diario los problemas nacionales que más preocupan a la sociedad. Basta observar el notable interés que tiene ésta en conocer sus propuestas iniciales y sus primeras acciones, pese a que apenas son atisbos de lo que será su plan de gobierno.

Sin embargo, al margen de estas tareas vitales para el presente y futuro del país no podemos perder de vista que el presidente entrante tendrá que encarar otros desafíos menos visibles, pero que serán cruciales para su desempeño como gobernante y que deberá afrontar en la intimidad.

Una cosa es estar preparado para ocupar un cargo, otra muy diferente es estar desde el primer día a la altura que se requiere para desempeñarlo de manera sobresaliente. En el ámbito público o en el privado no hay persona que, por inteligente y bien intencionada que sea, no haya tenido que transitar por una inevitable curva de aprendizaje al momento de ocupar una posición nueva y de mayor jerarquía. Si alguien afirma que esto no le ocurrió, miente o no aprendió nada.

Reconocer que ocupar un puesto conlleva la necesidad de crecer en él, supone asumir una actitud humilde mediante la cual el individuo tome conciencia de sus fortalezas, sus debilidades y de sus áreas de oportunidad. Sin embargo, para quienes asumen un cargo público les puede resultar difícil valorarse a sí mismos desde esa perspectiva porque, al ocupar puestos cuyas facultades los dotan de poder real, es muy factible que los aturda el griterío de quienes por interés destacarán sus cualidades reales o supuestas y que, a su vez, este ruido acalle las voces de aquellos que les señalen sus errores, sus limitaciones y las cosas que deberían mejorar.

Pero, como ocurre en la vida misma, no todos los individuos que ocupan un cargo logran el mismo nivel de crecimiento personal; no todos transitan por la misma curva de aprendizaje, ni ésta tiene una tendencia siempre ascendente. En ocasiones, como ocurrió con Fox y en menor medida con Calderón, su proceso de crecimiento en el puesto puede estancarse poco después del punto de partida, lo que en su momento transmitió la sensación de que lo habían dado todo y que lo único factible era esperar más de lo mismo hasta la conclusión de su mandato.

La designación de un gabinete es sin lugar a dudas una expresión de la madurez del gobernante. En México el presidente goza de amplias facultades para nombrar a los responsables de una larga lista de puestos. Sin embargo, esta libertad, lejos de ejercerse desde la altura de un jefe de Estado que sea consciente de que este privilegio lleva implícita la responsabilidad de buscar a los mejores para el bien de la República, ha solido aplicarse en la práctica desde una perspectiva más mundana. Así, la lealtad personal y la seguridad de una obediencia ciega han prevalecido sobre capacidades, talento y experiencia, con todos los riesgos que eso implica y que de manera inevitable terminan expresándose en improvisación y meteduras de patas.

La estatura de un hombre de Estado se revela por aquella de los que designa como sus subordinados. En este caso, rodearse de amigos no lo ennoblece sino que lo empequeñece.

A lo largo de varios sexenios resulta interesante observar como en el círculo cercano al presidente, donde la visa de entrada es la amistad probada, se gestan las intrigas palaciegas más feroces que a lo largo del periodo presidencial terminan por convertirse en luchas fratricidas; en escasos seis años los amigos entrañables se convierten en enemigos acérrimos porque la cercanía no es auténtica, sino que la mueve el ánimo del poder y se basa en la conveniencia.

Sólo Peña Nieto conoce cuáles son las áreas de oportunidad en su desarrollo, que deberá atender para destacar como gobernante. Sin embargo, en lo personal me preocupa que llegue a la presidencia sin nunca haber fracasado. Es decir, que no tuvo la oportunidad de aprender de la derrota, lo que a muchos políticos les ha servido para reflexionar, tonificarse, renovar la mirada y convertirse a la postre en mejores jefes de Estado. A esta carencia se suma el hecho de que su carrera se ha desenvuelto en ambientes controlados y cómodos, donde no ha tenido que encarar situaciones límite.

Tan importante será el diagnóstico que Peña Nieto haga del país como el que tenga de sí mismo. Que atienda ambos con precisión y tenacidad será vital para su desempeño como gobernante. Ni una nación se construye con promesas electorales, ni las elecciones hacen presidentes de verdad.

alfredo@acletomasini.com.mx

Twitter @AcleTomasini